

CAPÍTULO II.

LA CARRETA DE TESPIS.

Sigognac bajó la escalera, con la mano delante de la lámpara para protegerla contra las corrientes de aire que amenazaban apagarla. El reflejo de la llama penetraba sus adelgazadas falanges y las teñía de diáfana rojez, de manera que, aunque en lugar de preceder al sol, fuese de noche y marchase seguido de un gato negro, merecían el epíteto aplicado por el buen Homero á los dedos de la Aurora.

Bajó el Baron la tranca de la puerta, entreabrió la hoja movable, y se encontró frente á frente de un personaje á la altura de cuya nariz levantó la lámpara. Alumbrado por aquel rayo, una por demás grotesca figura se dibujó sobre el fondo oscuro de la noche: un cráneo color de manteca rancia lucia bajo la luz y la lluvia, á cada lado del cual, pegados á las sienes, se distinguían algunas docenas de cabellos entrecanos; una nariz, amoratada por el jugo setembrino, de exhuberante vegetacion granosa, se desarrollaba en for-

ma de cebolla entre dos pequeños ojos multicolores, cubiertos por espesas, extrañas y negras cejas; flacas mejillas, salpicadas de tonos vinosos y cruzadas de pequeñas fibras encarnadas; una descomunal boca belfa de borracho y sátiro á la vez, las comisuras de cuyos labios junto con los plegados ángulos de sus ojos querian remedar una sonrisa graciosa; la barba en forma de verruga en la que crecian al azar algunos pelos ásperos y fuertes como crines de escobilla, componian un conjunto de fisonomía digno de ser esculpido entre los mascarones de debajo la cornisa del Puente-Nuevo. Sin embargo cierto aspecto bondadoso templaba lo que aquellas facciones podian ofrecer de poco atractivo al primer golpe de vista.

Aquella cabeza de polichinela, colocada sobre una gorguera de equívoca blancura, remataba un cuerpo metido en un casacon negro que saludaba en arco de círculo con afectacion de galantería exagerada.

Despues de los saludos de ordenanza, el burlesco personaje, adivinando en los labios del Baron la pregunta que este iba á dirigirle, tomó la palabra con tono ligeramente enfático y declamatorio.

—Perdonad, noble castellano,—dijo,—si vengo yo mismo en persona á llamar á la poterna de vuestra fortaleza, á hora tan avanzada, sin hacerme preceder de page ó de enano sonando el cuerno. Necesidad no tiene ley y obliga á las gentes más bien educadas á cometer barbarismos de conducta.

—¿Qué quereis?—interrumpió con marcada sequedad el Baron, cansado de la charla del chusco.

—Hospitalidad para mí y mis compañeros, príncipes y princesas, Leandros é Isabeles, doctores y capitanes quienes andan de zocos en colodros en el carro de Tespis, cuyo carro, arrastrado por bueyes, como era de costumbre en la antigüedad, se encuentra en este instante atascado á pocos pasos de vuestro castillo.

—Si no me equivoco, por lo que decís deduzco que sois cómicos de la legua de regreso de alguna expedicion y os habeis desviado del recto camino.

—No podrian interpretarse mejor mis palabras,—contestó el cómico;—hablais como un doctor. ¿Puedo esperar de vuestra merced que acceda á mi peticion?

—Aunque mi vivienda esté asaz arruinada, y lo que pueda ofreceros no sea mucho, estareis siempre en ella un poco ménos mal que á la intemperie sufriendo una lluvia cerrada.

El Pedante, que tal parecia ser su empleo en la compañía, se inclinó en señal de asentimiento.

Durante este coloquio, Pedro, despertado por los ladridos de Miraut, se habia levantado y unido á su señor bajo el vestíbulo; pero puesto al tantum de lo que ocurría, encendió una linterna, y él, su amo y el Pedante juntos los tres, se dirigieron hácia la atascada carreta.

Leandro y el Matamoros estaban agarrados á la rueda y hacian esfuerzos inauditos para sacarla del atolladero, y el Rey pinchaba los bueyes con su puñal trágico. Las mujeres, envueltas en sus mantos, se desesperaban, gemian y exhalaban débiles gritos. El refuerzo inesperado que les llegó, y sobre todo la experiencia de Pedro, hicieron pronto salir del mal paso al pesado carro, que, dirigido por terreno más firme, llegó al castillo, penetró bajo la bóveda ogival y fué colocado en el patio.

Los bueyes, desuncidos, fueron á tomar sitio en el establo, al lado del jaco blanco; las comediantas saltaron de la carreta haciendo hinchar sus deslucidos zagalejos, y subieron, guiadas por Sigognac, al comedor, pieza la más habitable de la casa. Pedro halló en el fondo de la leñera un fogote y algunas brazadas de vardasca que arrojó á la chimenea y empezaron á arder alegremente, difundiendo por la estancia grato calor, no supérfluo á pesar de no encontrarse más que á principios de otoño, atendidos la humedad de los vestidos de las comediantas y el viento que filtra-

ba silbando á través de las grietas de aquella pieza inhabitada.

Los cómicos, bien que acostumbrados, por su vida errante, á los albergues más diversos, miraban con extrañeza aquella singular morada que los hombres parecían haber abandonado de desde hacia mucho tiempo á los espíritus y que hacia nacer involuntariamente ideas de historias trágicas; sin embargo, como personas bien educadas, no manifestaron ni terror ni sorpresa.

—No puedo ofrecerles más que la mesa,—dijo el joven Baron;—mi despensa no encierra ni para dar de cenar á una rata. Vivo solo en esta morada, donde no recibo jamás á nadie, y en la que, sin necesidad de que os lo diga, podeis ver que la fortuna no ha sentado sus reales.

—No os apureis por eso,—replicó el Pedante;—si en el teatro nos sirven pollos de carton y botellas de madera torneada, nos procuramos en cambio, para la vida ordinaria, manjares más sustanciales. Esas viandas huecas y esas bebidas imaginarias sentarian mal á nuestros estómagos, y, en calidad de proveedor de la compañía, tengo siempre en reserva algun jamon de Bayona, algun pastel de venado, algun lomo de ternera de Riviere, amen de cierto número de botellas de vino de Cahors y de Burdeos.

—Bien, Pedante,—exclamó Leandro;—vé á buscar las provisiones, y si ese caballero lo permite y se digna cenar con nosotros, arreglaremos aquí mismo la mesa del festin. Hay en esos aparadores vajilla suficiente, y esas señoras pondrán la mesa.

A una señal de aquiescencia del Baron, aturdido de la aventura, Isabel y Serafina, sentadas ambas cerca de la chimenea, se levantaron y colocaron los platos sobre la mesa previamente limpiada por Pedro y cubierta con unos manteles que, aunque viejos, no eran súcios.

El Pedante reapareció bien pronto llevando una canasta en cada mano, colocó triunfalmente en el centro de la mesa

una empanada disforme, de rubias y doradas paredes, cuyo interior encerraba una guarnicion de becas y perdices, y rodeó la fortaleza gastronómica con seis botellas, en guisa de obras avanzadas, que era preciso hacer desaparecer antes de atacar la plaza. Una lengua de buey ahumada y una tajada de jamon completaban el conjunto.

Belzebú, que se habia encaramado en lo alto de un aparador y seguia con ojo curioso aquellos preparativos extraordinarios, procuraba apropiarse, cuanto ménos con el olfato, todas aquellas cosas esquisitas ostentadas en abundancia. Su nariz color de trufa aspiraba con fuerza las perfumadas emanaciones; sus pupilas se movian y brillaban de modo singular, y plateaba su hocico concupiscente baba. De buena gana el felino se hubiera acercado á la mesa y tomado parte en el opíparo banquete, tan fuera de las eremíticas sobriedades de la casa; pero la vista de los nuevos rostros le espantaba y su cobardía triunfaba de su gula.

No encontrando bastante clara la luz de la lámpara, Matamoros habia ido á buscar en la carreta dos candelabros, forrados de papel dorado y provistos cada uno de muchas bujías, refuerzo que produjo una iluminacion hasta cierto punto espléndida. Aquellos candelabros, cuya forma recordaba la del á siete brazos de la Sagrada Escritura, se colocaban por lo comun sobre el altar del himeneo, al desenlace de las comedias de mágia, ó sobre la mesa del festin, en la *Mariana* de Mairet y la *Herodiada* de Tristan.

A su claridad y á la de los tizones de la chimenea, la muerta estancia habia recobrado cierta vida. Pálido rubor coloreaba las mejillas de los retratos, y si las virtuosas damas metidas en sus gargantillas y envaradas debajo de su corsé, tomaban un ademán ofendido al aspecto de las jóvenes comediantas bromeando en aquel grave castillo, en revancha, los guerreros y los caballeros de Malta parecían sonreirles desde el fondo de sus cuadros y asistir con cierta íntima complacencia á la fiesta, á excepcion de dos ó tres

viejos y entrecanos mostachos enfurruñados obstinadamente bajo su amarillento barniz.

Aire más tibio y vital circulaba por aquel vasto comedor, donde habitualmente sólo se respiraba la corrompida humedad del sepulcro; el destrozo de los muebles y de las tapicerías era ménos visible, y el pálido espectro de la miseria parecía haber abandonado por algunos instantes el castillo.

Sigognac, á quien aquella sorpresa habia primeramente sido desagradable, se dejó llevar de una sensacion de bienestar para él desconocida. Isabel, Serafina, y aun la doncella, le turbaban dulcemente la imaginacion y le hacian el efecto más bien de divinidades bajadas á la tierra que de simples mortales. Eran, en efecto, mujeres muy lindas y que hubiesen preocupado á otro ménos novato que nuestro jóven baron, en quien produjo aquel acaecimiento el efecto de un sueño, del que temia despertar á cada momento.

Sigognac dió la mano á Serafina, á quien hizo sentar á su derecha. Isabel tomó sitio á su izquierda, la doncella se colocó en frente, y la dueña al lado del Pedante; sentándose donde mejor les plugo Leandro y el Matamoros.

El jóven señor del castillo pudo entonces estudiar á su antojo las fisonomías de sus huéspedes vivamente alumbradas y resaltando en pleno relieve. Primero se fijó en las mujeres, de las que no estará fuera del caso trazar aquí un ligero retrato, mientras el Pedante practica una brecha en las murallas de la empanada.

Serafina era jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, á quien la costumbre de representar las grandes coquetas habia impreso el gesto y los modales de una dama de la corte. Su rostro, de un oval algo prolongado, su nariz ligeramente aguileña, sus ojos grises y colocados á flor de cabeza, su encarnada boca, cuyo labio inferior lo tenia cor-

tado por una pequeña raya, como el de Ana de Austria, daban á su fisonomía un conjunto agraciado y noble, al que contribuian dos cascadas de cabellos castaños que se desbordaban á lo largo de sus rosadas mejillas. Dos largas borlas, llamadas mostachos, anudadas cada una con tres rosas de seda negra, se destacaban caprichosamente de sus rizos y aumentaban su gracia vaporosa como los toques vigorosos que da el pintor á un lienzo al darle la última mano. Su sombrero de fieltro de redondo borde, adornado con plumas la última de las cuales se cimbraba en forma de penacho sobre los hombros de la dama, encogiéndose las otras en borbotones, cubria caballerescamente la cabeza de Serafina; el cuello de hombre, caido, guarnecido de punto de Alençon, anudado, lo mismo que los mostachos, con borlas negras, se adaptaba sobre un vestido de terciopelo verde, de mangas abiertas, adornadas de agujetas y de galones, de cuya bertura se precipitaba en revuelta confusion el lienzo de las interiores, y una banda de seda blanca, puesta en bandolera, acababa de dar á su traje un aspecto gentil y resuelto.

Así ataviada, Serafina tenia aspecto de Pentesilea y de Marfice muy adecuado á las aventuras y á las comedias de capa y espada. Verdad que nada de lo que la comedianta lucia era muy flamante; que el uso habia desgastado á trechos el terciopelo del guardapiés, y que la tela de Frisa estaba un tanto ajada; que las blondas hubiesen parecido rojas á la luz del dia, y los bordados de la banda, mirados de cerca, rojeaban y descubrian el bricho; que muchas agujetas habian perdido sus herretes, y que la ajada pasamanería de los galones se deshilaba acá y allá; que las blandas plumas del fieltro caian con abandono, y que el cabello un poco desrizado y algunas aristas de paja recojidas en la carreta, se mezclaban asaz pobremente á su opulencia; pero estas pequeñas miserias de detalle no impedian que Serafina tuviese porte de reina sin reino. Si su traje estaba marchito, en cambio su